

LAS SEMEJANZAS PELIGROSAS

Raymundo Riva Palacio

El sábado 13 de junio los lectores de la prensa capitalina leyeron en sus periódicos los respectivos titulares de *ocho columnas*:

El Herald de México: "Ni desarrollo contaminante, ni ecologismo estéril: CSG".

El Nacional: "Ni desarrollo contaminante ni ecologismo estéril: CSG en Río".

El Sol de México: "Ni desarrollo contaminante ni ecologismo estéril: CSG".

El Universal: "Ni desarrollo contaminante ni ecologismo estéril: CSG".

La coincidencia no debiera sorprender a nadie. La lectura cotidiana de más de dos periódicos por día podría mostrar que la publicación de titulares prácticamente idénticos es común, de la misma manera como sucede con informaciones cuyo enfoque y jerarquización parece una reproducción ligeramente modificada de medio a medio.

Homogeneización en la información es uno de los grandes padecimientos de la prensa mexicana, y entre sus orígenes se encuentran las siguientes razones:

1. Los boletines de prensa.
2. La *cosecha* de los periodistas.
3. La *orientación* de las noticias por parte de funcionarios.
4. La propaganda publicada como información.

Los boletines de prensa han reemplazado rápidamente la iniciativa y el trabajo de un buen número de reporteros. Aquella vieja idea de que para sacar una buena noticia había que eludir a los jefes de prensa, que eran los encargados de obstaculizar el paso hacia la información, ha sido abandonada en el ropero de los recuerdos.

Finalmente, hay formas más fáciles de obtener información, aunque no sea la de mejor calidad: sentados en la oficina de prensa, esperando el reporte oficial de aquello que los funcionarios quieran decir, mientras intercambian rumores e intrigas con los colegas y jefes de prensa, y beben café y licores.

La pasividad de muchos reporteros y reporteras, y la pérdida de aquella *hambre* por lograr la mejor información, ha ido acompañada de la mediatización que del oficio se ha hecho en las oficinas de prensa. La estrategia ha dado un gran resultado: prácticamente no hay investigación y la síntesis del trabajo periodístico, en una gran mayoría, se encuentra en la estenografía.

Un antiguo funcionario de prensa de la Presidencia de la República, cuando un periodista le recriminó el enorme gasto que realizaba el Ejecutivo al llevar a un equipo de prensa de apoyo (reporteros, fotógrafos, estenógrafos y grabadores) para hacer el trabajo a la mayoría de los enormes contingentes de periodistas que viajaban gratuitamente con el presidente, y que preferían dedicarse a las compras, admitió:

"Es cierto que se gasta mucho dinero, pero al nosotros proporcionarles el boletín de prensa y hacer su trabajo, les esta-mos dando la *línea* de por dónde queremos que vaya la información".

Es decir, un burdo y abierto control de información que sólo es posible por la mediocridad de los periodistas que aceptan jugar bajo esas reglas. Sería injusto decir que todos los y las periodistas se encuentran en esta situación, pero sí es correcta la aseveración de que son los menos quienes procuran hacer un trabajo profesional.

La culpa, en estos casos, no es del gobierno, sino de la prensa. El gobierno mexicano, como todo gobierno en el mundo, busca la forma de controlar, mediatizar, mentir, engañar, manipular y coercionar, si es preciso, a los medios de comunicación, en busca de crear consensos en la opinión pública. Para esto no importa que el país esté bajo un régimen democrático o despótico, autoritario o en una dictadura, el control de la opinión pública es el sueño de todos los dirigentes.

La diferencia entre las sociedades y sus prensas es cómo se comportan éstas, y si están dispuestas a seguir las reglas que marcan los gobiernos a través de la manipulación, que eufemísticamente llaman los funcionarios de prensa mexicanos *orientación de información*.

En el caso mexicano, el péndulo se inclina más hacia la claudicación de la prensa a cambio de las comodidades para el simple y llano cumplimiento del trabajo diario, que hacia la busca de una información de mejor calidad y trascendencia, con el costo de tener que tocar puertas y hablar con la gente, y visitarla en su casa, y recibir portazos, y tener que volver a insistir, y aguantar que le cuelguen el teléfono y que le hagan groserías y que lo ignoren y en ocasiones hasta que lo insulten.

Por eso mismo, porque ese camino es más largo y azaroso, un buen número de periodistas trabaja en equipo, y pierde así el espíritu de competencia que debe permear su trabajo, y la mística que los debe inspirar para hacer de él o ella el o la mejor, y de su medio el más importante. Y entonces se da el fenómeno conocido como la *cosecha*.

La *cosecha* es un proceso muy sencillo: un o una periodista consigue una información o hace una entrevista, y se la pasa a sus colegas, bajo el acuerdo no escrito de que cuando el o la otra obtenga información también la comparte. De esa manera, un o una periodista puede escribir fácilmente seis o

siete informaciones diarias de las cuales quizá una o a veces ninguna, es producto de su trabajo.

Ciertamente dejará satisfechos a sus jefes en la redacción pero al día siguiente será lo mismo que se publique en otros medios o que se difunda esa tarde o noche por radio o televisión. Quizás llenen las cuotas informativas que se les piden, pero en el proceso periodistas y jefes se están engañando a sí mismos, pues el juez final, el lector, el radioescucha o el televidente emitirá su veredicto: ¿para qué leo, o escucho la radio o veo la televisión, si todos dicen lo mismo?

Si a eso se le añade la propaganda disfrazada de información cuyos textos son los mismos en los distintos medios, el paquete de noticias que tiene un lector ante sus ojos será lo mismo que escuchó el día anterior en la radio o vio por la noche en la televisión.

Es cuando los receptores de la información gritan que la prensa está vendida y que el gobierno la controla. Entonces vienen los contraargumentos de que la prensa no está vendida, y los y las periodistas se sienten indignados porque no son comprendidos por una sociedad que los maltrata y los ve como una plaga social.

¿Quién tiene la razón?

Aun con la falta de matices y los prejuicios que puedan tener los receptores, son ellos los que tienen la razón. Su protesta gira en torno a que leen, escuchan y ven las mismas noticias todo el tiempo. Rechazan de manera natural la homogenización porque no les aporta, porque no les enriquece y porque no les da las suficientes herramientas para que puedan formarse una opinión y emitir un juicio.

La unificación de la información juega no sólo en contra de los medios, cuyo decremento en número de receptores y veracidad, de acuerdo con circulación de periódicos, lineaje publicitario y estadísticas confidenciales de algunos, les marca un horizonte de vida útil, sino del propio gobierno.

El proceso de mediatización al que ha sometido a la prensa va socavando progresivamente la credibilidad de esos instrumentos que requiere todo gobierno para comunicarse con su sociedad. Si le restan legitimidad a los medios, si le anulan su veracidad, si le quitan toda posibilidad de comunicación para con sus gobernados, estarán cercenando uno de sus brazos. Sus mensajes no podrán ser verosímiles si se difunden en medios que carecen de veracidad, sus políticas no podrán ser aceptadas si son transmitidas a través de medios a los que no se les tiene respeto.

No podrán hacer un gobierno creíble, si no hay medios creíbles. Y otra cosa también es cierta: ningún gobierno puede gobernar sin medios de comunicación.